

## Elogio del filólogo y la filología (en tiempos de penuria)

Para los licenciados en la Facultad de Filología del 2012

Ya Platón usa varias veces la palabra *philólogos*, aunque con el sentido de "parlanchín" o "charlatán"<sup>1</sup>. Con ese mismo sentido lo usaba el comediógrafo Alexis cuando escribía : *oínos pántas philologous poieí tous pleíon pínontas autón* "el vino hace a todos filólogos, a quienes beben de más ". Pero en el sentido más moderno de "estudioso de los textos antiguos", "erudito", lo empleaba para sí mismo Eratóstenes, que fue, como sabemos, astrónomo, geógrafo, matemático, poeta, crítico literario, y sabio director de la biblioteca de Alejandría del s.III a.C. (Antes los filólogos se denominaban *grammatikoí* y *kritikoí* ("maestros de letras" y "críticos").<sup>2</sup> Es decir, la filología, en cuanto estudio científico de textos y edición de autores, surgió en la Alejandría del Museo y la gran Biblioteca (junto a la idea del primer canon literario).

Ya en época moderna es Friedrich Christian Wolf quien reivindica el título al matricularse en 1777, en la Universidad de Gotinga, como "*studiosus philologiae*". El autor del gran libro que iba a marcar una prestigiosa etapa en los estudios sobre la Antigüedad griega con su *Prolegomena ad Homerum* (1795) inauguró ejemplarmente con tan famosa obra la gran época de la "Filología Clásica", la primera de las filologías, y definió su método como histórico: "*Tota quaestio nostra historica et critica est*". La Filología Clásica se situó en el centro de la *Altertumswissenschaft* en toda Europa sobre esos dos apoyos: la crítica textual y el estudio histórico.<sup>3</sup>

A fines del XIX un brillante y joven catedrático, ya renegado de la estricta observancia académica, escribe unos apuntes sobre (o contra) sus colegas en una de sus *Consideraciones intempestivas* con el título "Nosotros los filólogos", páginas que sólo se publicarían mucho después póstumas y con muy escasos ecos inmediatos. Pero, Nietzsche no perdió nunca su vocación de filólogo, aunque, acusado de heterodoxia y entusiasmo báquico, dejara muy pronto su cátedra en Basilea, tras el tremendo panfleto *Philologie der Zukunft!* del furibundo y futuro gran pope berlinés del gremio Ulrich von Wilamowitz-Moellendorf, y así escribe, en su prólogo a *Aurora* (1886): "La filología es un arte venerable, que pide, ante todo, a sus adeptos que se mantengan retirados, que se tomen tiempo y se vuelvan silenciosos y pausados, un arte de orfebrería, un oficio de orífice de la palabra, un arte que requiere un trabajo sutil y delicado, y en que nada se consigue sin aplicarse con lentitud. Precisamente por ello es hoy más necesario que nunca; precisamente por eso nos seduce y encanta en medio de esta época de trabajos

---

<sup>1</sup> La etimología es muy clara, pero conviene tener en cuenta el amplio campo semántico de *logos* (palabra, razón, texto, etc.). No lo hace bien el *Diccionario de la RAE* (en su edición de 1970) que definía "filólogo" como "el versado en filología (de *philos*, que ama y *logos*, doctrina erudición)". *Logos* no significa, en griego, doctrina ni erudición, desde luego. Por otra parte, en griego son muy numerosos los adjetivos compuestos con *philo-* o *phil-*, como *philósophos*, *philódoxos*, *philótimos*, *philánthropos*, *philopseudés*, etc. Lo contrario de *philólogos* es *misólogos* "que odia la razón" o el "diálogo" (término que usa Platón, pero que no ha pasado a las lenguas modernas; aunque podría ser útil).

<sup>2</sup> Según atestigua puntualmente Suetonio: "*Eratosthenes ... primus hoc cognomen sibi vindicavit*". (R. Pfeiffer, *Historia de la filología clásica*, tr. esp. Madrid, 1981, pp.288 y ss.)

<sup>3</sup> Cf. R. Pfeiffer, *Historia de la filología clásica II (de 1300 a 1850)*, tr. esp. Madrid, 1981, (el capítulo dedicado a F.A. Wolf, pp. 287-93, tras Bentley y Winckelmann, es excelente). Hay que destacar el amplio repertorio de conocimientos que el moderno filólogo requiere para sus análisis y enfoques de los textos: de la gramática y la historia de la lengua a la métrica y poética, la crítica textual y la arqueología y la historia.

forzados, es decir, de precipitación, que se empeña por consumir rápidamente todo. Ese arte no acierta a concluir fácilmente; enseña a leer bien, es decir, a leer despacio, con profundidad, con intención penetrante, a puertas abiertas y con ojos y dedos delicados". Y Nietzsche deseaba tener eso: lectores lentos, animoso filólogos. (Empeño difícil, sí).

Porque, dicho de otro modo, la filología es lectura a fondo y se empeña en leer, reavivar palabras escritas, que rescata resonantes de otros tiempos y otras lenguas. La actividad del filólogo consiste, como dice Gadamer, en un "arte de entender a partir de un contexto", un contexto que a menudo debemos reconstruir, e imaginar, puesto que esa lectura a fondo es, a menudo conversar con los difuntos, como decía Quevedo, y nos desafía a una significativa "fusión de horizontes, al reinterpretar el sentido de sus voces. La función de la filología es hermenéutica y exegética, una tarea arriesgada para el buen filólogo, que trata de superar las barreras del tiempo y la diversidad de las lenguas. Y es tal vez un empeño poco apreciado, o poco "rentable" (por decirlo con una de las palabras más usadas en los *slogans* baratos de mediocres políticos). Como denunciaba con su agudeza habitual B.Russell: " Los hombres del pasado eran a menudo limitados y provincianos en el espacio; pero los hombres que dominan en nuestra época son provincianos en el tiempo. Sienten por el pasado un desprecio que no merece y por el presente un respeto que aún merece menos". (*La perspectiva científica*, 1969, p. 219).

Pero también tiene, si nos paramos a pensarlo, muy claros atractivos: invita a estupendas excursiones y exóticos diálogos. Los antiguos griegos definían a los seres humanos como *ephémeroi*, "efímeros", los que viven "al día" (*ep'héméran*) frente a los dioses que existen para siempre. Ser "efímero" significa "vivir al día", sólo en el ahora pasajero, en un presente y lugar que no hemos escogido. Habríamos preferido acaso vivir en la Atenas de Pericles o en la Florencia de los Medici, pero tenemos que resignarnos a una ciudad agobiada, ruidosa, y a unos contemporáneos lamentables. (En fin, quizás haya algunos pitagóricos que recuerden otras existencias mejores, pero los demás para viajar a otras épocas tenemos sólo la literatura y la historiografía). Con todo, gracias a la lectura podemos conversar, como Quevedo, con los mejores escritores de otros tiempos y visitar otras épocas, e imaginar muy vivazmente la vida de personajes apasionantes o discutir con grandes pensadores. La literatura, la gran literatura, ofrece excursiones más apasionantes que la mejor agencia de viajes. Ciertamente requiere cierta inteligencia e imaginación. Por eso quien profesa de filólogo debe servir de guía e introductor en esos viajes de la fantasía sobre el tiempo. No son viajes a la paradisíaca inmortalidad ni a la Isla de los Felices, pero sí fantásticas fugas con vivaces encuentros. Recuerdo que Madame de Romilly, ilustre helenista fallecida hace meses, decía que había tenido una vida muy feliz al haber compartido sus días con Pericles, Sófocles, Tucídides y Homero. No son las figuras de las revistas de moda ni la tele, pero sí muchos más inteligentes que muchos contemporáneos y, sí, acompañan mejor.

Hay otro empeño que parece esencial en el oficio del filólogo, o de numerosos filólogos, y del que los griegos dijeron muy poco: la muy noble tarea de *la traducción*. Como es sabido, los helenos opinaban que la lengua mejor era la griega y no valía la pena usar otra, como hacían los bárbaros, los pobres. Creían que los dioses hablaban en griego. Ya con los romanos cambió el panorama, y es muy sintomático que a la literatura latina comenzara con una versión de la *Odisea*, una elección magnífica y significativa. (Obra de Livio Andronico, hacia mediados del s.III a.C.). Gracias a las traducciones existe la literatura universal, y la comparada, y no hace falta haber leído a G. Steiner (en su *Más allá de Babel y Antígonas*) y otros muchos estudiosos para certificarlo.

Son muchos los escritos sobre el tema de la traducción, pero me contentaré con evocar un sugestivo ensayo de A. Schopenhauer: "*Ueber Lesen und Büchern*". En él se queja de la insuficiencia de la traducción para expresar la belleza y hondura de los

textos clásicos, los que él llamaba "la literatura permanente", y, por tanto la importancia de leerlos en las lenguas originales (griego y latín en su caso). La versión literal resulta forzada y dura, y la libre sólo un remedo impreciso y *à peu près*, según Schopenhauer. (Ya Cervantes y otros habían escrito algo parecido). Ciertamente es que todo puede decirse en cualquier lengua, pero también que toda traducción de un texto poético o filosófico entre lenguas distantes suele resultar un calco inexacto. Todo idioma presenta términos sin paralelo exacto, - como p.e., en griego *logos*, *cháris*, *téchne*, etc - , porque los campos semánticos difieren, como también varían tanto los efectos sonoros como las connotaciones culturales. Y justamente ese resto intraducible parece lo más propio de cada lengua y cultura, y es lo que la filología nos hace apreciar, al familiarizarnos en el estudio de los textos clásicos, poéticos o simplemente de otros tiempos. El filólogo advierte esa distancia y la explica, y comenta cómo explicar y entender *lo intraducible* es parte de su oficio, como lo es resaltar toda la belleza propia de cada lengua y la singular profundidad de los textos que la traducción incorpora luego a lo universal.

Y en conexión con esto se ocupa de la tradición de los textos más memorables, leídos con fervor durante siglos y admirados más allá de su espacio o contexto original. Porque, insistamos, la literatura es en gran medida tradición, abierta a lo universal. Tradición aquí no sólo significa la conservación de las fuentes, sino representación y recreación de las mismas. Los mitos y las grandes obras viajan y perviven versátiles en diversos tiempos y lenguas, y la asombrosa riqueza de la cultura literaria estriba en esa transmisión y reinterpretación y *aggiornamento* en varias épocas y múltiples idiomas. Y estudiar y valorar esa herencia cultural es precisamente tarea de los filólogos.<sup>4</sup>

Reinterpretar vivazmente lo más memorable del pasado, mensajes, ideas, credos, y fantasías que la escritura ha salvado del olvido y transmitido como herencia universal, esa es, en definitiva, la función de la filología. No es la erudición minuciosa lo más importante, sino la precisión, la claridad y la agudeza en la investigación y la relectura intentando el diálogo vivaz y actual con los clásicos, y con lo que sus textos nos dicen. Esa es la tarea ardua y seductora que los filólogos, especialistas en un determinado ámbito de la cultura, pero con una visión general, intentan asumir en sus respectivos campos y con métodos ensayados en una larga y brillante tradición universitaria. (Conviene, en todo caso, evitar el riesgo de la erudición estrecha, miope y minuciosa). E, insisto, dedicarse al estudio e interpretación del pasado no es desdeñar u olvidar el presente, sino ampliar la mirada. El humanismo no es mera arqueología, aunque puede simpatizar con ella, y servirse de ella, como de la historia, para contextualizar siempre la lectura. La mirada reducida a lo actual, al mundo de hoy, no puede evitar ser corta, esclava de lo inmediato, superficial y efímera. Los antiguos mitos aún perduran en nuestro imaginario. (Ulises, Edipo, Fausto, Don Juan, etc. son fantasmas recurrentes). Porque, a diferencia del de las ciencias, en el mundo de las letras, el pasado mantiene una pervivencia indiscutible. Y esa es una de las indiscutibles virtudes de la literatura. Como ha escrito Vargas Llosa, en un libro reciente sobre la decadencia de la cultura:

"Las ciencias progresan, como las técnicas, aniquilando lo viejo, anticuado y obsoleto, para ellas el pasado es un cementerio, un mundo de cosas muertas y superadas

---

<sup>4</sup> Nuestra tradición occidental comienza con los griegos y griegos y latinos son los textos más clásicos y más antiguos, pero todas las lenguas y literaturas han contribuido a esa tradición - que va más allá de lo que se ha llamado "el canon occidental". Los ejemplos a los que aquí recurro, por razones de oficio, son de origen helénico, pero lo que digo de los clásicos antiguos y de la Filología Clásica (la más antigua), puede aplicarse, en mi opinión, a todas las otras filologías. Y conviene añadir que los estudios de los mejores filólogos nos han enseñado a leer y entender mejor los grandes textos y esos libros ( de Erich.Auerbach, Dámaso Alonso, Werner.Jaeger, etc.) forman parte de esa tradición hermenéutica y deben ser releídos para profundizar en ella. .

por los nuevos descubrimientos e invenciones. Las letras y las artes se renuevan pero no progresan, ellas no aniquilan su pasado, construyen sobre él, se alimentan de él y a la vez lo alimentan, de modo que a pesar de ser tan distintos y distantes, un Velázquez está tan vivo como Picasso y Cervantes sigue siendo tan actual como Borges o Faulkner." (*La civilización del espectáculo*, Madrid, 2012, p. 73).

Es verdad que los tiempos no son favorables para la filología, y menos para la que se ocupa de lo más antiguo, porque la cultura de masas y los medios de difusión en esta "civilización del espectáculo" hacen difícil la lectura lenta, la afición al pasado y la reflexión o la sensibilidad refinada. Los *best sellers* reclaman lecturas muy rápidas y nada críticas, como las imágenes de la televisión y el consumo de lo que está de moda. Pero quien sabe construirse un mundo imaginario propio (y eso es lo que nos hace personas irrepetibles) puede contraatacar esas presiones, y un buen lector sabe hacerlo, y un buen profesor ayudar a leer bien a otros. Acaso lo mejor de la modernidad es que, a pesar de la presión masiva al consumo, los ruidos mediáticos y la economía agobiante, ofrece un horizonte de infinitas posibilidades. Hay en el jardín de los senderos que se bifurcan, según una imagen conocida, incontables caminos de libertad, y es fácil ser disidente y dibujarse un camino atractivo, a pesar de los obstáculos ocasionales, y se puede encontrar una rara felicidad en la dedicación docente y en la práctica amena de la filología.

Como podría haber dicho Epicuro, en la enseñanza y en la literatura no sólo se goza al final, sino también en el camino. Se aprende y disfruta a la vez. En fin ya aconsejaba - y lo decía para sí mismo el emperador Marco Aurelio - que conviene "no asimilarse demasiado a los más". (Si, como decía G.Benn, "ser tonto y tener trabajo parece el colmo de la felicidad" es opinión extendida, hay que sostener que hay otras perspectivas). El buen filólogo, como Odiseo, va y viene, incluso de su charla con los muertos, piensa y rechaza el convite de los lotófagos, porque le gusta los viajes fabulosos e intenta no ser tan sólo efímero.

Por el tono retórico de estas últimas frases me doy cuenta de que debo concluir ya. Lo haré felicitando a nuestros jóvenes licenciados, y dándoles una enhorabuena muy cordial en su entrada en este gremio tan honorable, pródigo en felices encuentros, de todo tipo, y recomendándoles que, más allá de la habitual especialización y la erudición precisa, mantengan una mirada abierta a los largos horizontes de la gran literatura y al buen estilo filológico.

Madrid, junio 2012. Carlos García Gual.